

Vista de Montalto.

SIXTO QUINTO.

VAMOS á contaros, queridos niños, la historia de un pobre mendigo que llegó á ser mas que un rey, puesto que logró ser Papa cuando todos los reyes de la tierra doblaban la rodilla ante la Santa Sede. Vamos á contaros la historia de Sixto Quinto, la cual os prestará valor, demostrándoos que nada es imposible al que sabe trabajar, al que sabe tener paciencia, al que sabe sufrir.

A eso del medio día, en el mes de junio de 1531, en el momento en que el sol de Italia lanzaba sus inflamados rayos, un fraile francisco de la Marca de Ancona, que habia perdido la ruta, buscaba con la vista algun aldeano que pudiese indicarle el camino. Toda la campiña se hallaba en silencio, y el fraile marchó algun tiempo á la aventura, buscando á lo menos un poco de sombra para resguardarse del calor. Habia ya andado mas de media legua atravesando los campos, cuando descubrió en la falda de una colina una manada de cerdos, que se rebolecaban en el fango de una laguna medio seca. El guarda de la ignoble pia-

ra estaba recostado bajo el único árbol que había en el contorno de una legua, y el fraile determinó pedirle un poco de sombra, y preguntarle el camino que debía tomar.

Costeó á este efecto la laguna, y aunque no tomó la menor precaucion, el pastorcillo no se movió, ni volvió la cabeza, sumergido como se hallaba en profunda meditacion. Era un muchacho como de doce años, y sus largos cabellos, su rostro enflaquecido y tostado por el sol, sus negros ojos, su cuerpo cubierto de harapos, todo esto llamó la atencion al fraile, quien permaneció inmóvil algunos minutos, contemplando al extraño porquero.

Y en verdad que era un espectáculo interesante para un honrado cristiano encontrar en aquel desierto y á orillas de una laguna á semejante chico guardando cerdos. En cuanto al mancebo, se hallaba ocupado en resolver un problema de geometría, cuyas figuras había trazado en la abrasada tierra, y hubiera sido fácil robarle hasta el último de los cerdos, sin que saliese de su meditacion.

El bueno del fraile, que sabia muy bien todas las bellísimas historias del Evangelio, se figuró desde luego que acaso sería el porquero el hijo pródigo de sí mismo, escapado de la casa paterna, sumido en el último grado de la miseria, y que ya estaba arrepentido, historia asaz interesante.

Sentóse pues junto al mancebo, y luego que este hubo resuelto su problema, cuando alzó la vista del suelo, le dirigió el fraile la palabra.

«Quién eres, le dijo, y cómo te encuentras aquí trazando huellas humanas sobre la misma tierra en que guardas cerdos?»

El fraile aludia á las palabras de aquel náufrago ateniense que decía al ver en la orilla, figuras de geometría: *Animo, que aquí hay huellas humanas!*

El jóven le respondió con la mayor sencillez, que era un pobre muchacho, cuyo padre quedó arruinado cuando la lucha de Leon X contra el duque de Urbano; que servía en clase de criado con un propietario de la Marca de Ancona, y estudiaba cómo podía. Al mismo tiempo se animaban sus negros ojos y su voz estaba conmovida, notándose que la pasión por el estudio animaba á aquel jóven, y que un noble deseo le conducía á las ciencias, que veía en sus sueños, á quienes llamaba de todo corazón y que jamás echaba en olvido. El fraile escuchó por mas de una hora al mancebo, y luego que comprendió cuanto valía y todos los recursos de aquella imaginacion no cultivada, le dijo: «¿Cómo te llamas?»

—Feliz, contestó el mancebo; Feliz Peretti.

—Ea pues, Feliz! ven á mi convento, y en él tendrás libros, maestros y pan.

—Llevaré la piara á la zahurda, y luego os seguiré á donde querais, padre mio, no por el pan como un miserable porquero, sino por los libros y la ciencia.

—Vamos pues á conducir los cerdos, dijo el fraile.

Y tanto él como el chico encerraron los cerdos en la zahurda, trasladándose despues al convento de los franciscanos de Ascoli, donde Peretti quedó admitido aquella misma tarde.

Apenas comenzó Feliz á recibir las primeras lecciones de sus maestros, adelantó extraordinariamente, aplicándose con ardor á aprender el griego y el latin, y afrontándose con ciencias tan contrarias como la teología y la elocuencia, en las cuales hizo increíbles prodigios. Bien pronto de discípulo pasó á Bolonia en clase de comisario general de su orden, viéndosele aun muy jóven recorrer la Italia derramando elocuencia en las hermosas iglesias italianas, tan favorables á la inspiracion. Era ya una autoridad; pero nadie conocia su autoridad mejor que él: su vocación le llevaba á la última grada de la escala eclesiástica; y por la noche al tiempo de acostarse decia: «seré Papa!» al levantarse por la mañana decia: «seré Papa!» y siempre, en todas partes, repetia esas palabras, como una obligacion que tenia que cumplir mas tarde ó mas temprano! La voluntad es una de las mas poderosas palancas, pudiéndose solo con ella y sin ningun otro apoyo conmovier al mundo.

Un día que Peretti tuvo una reyerta con la república de Venecia, porque era turbulento, inquieto y temible, salió de Venecia, diciendo que *habia hecho voto de ser Papa en Roma, y no queria ser ahorcado en Venecia.*

Entonces vió por primera vez á Roma, que algun dia habria de ser suya, y allí mudó de carácter, dejando el orgullo y la petulancia por la calma y la humildad. En Roma fué distinguido como en Bolonia, y Pio V, uno de sus discípulos que acababa de ser electo Papa, le nombró obispo y despues cardenal. Cardenal! una de las mayores dignidades en aquel tiempo; y el mismo dia en que le hicieron cardenal, el antiguo porquero se repitia á sí mismo: «seré Papa!»

Y en efecto, Pio V murió, y el sucesor de Pio V, Gregorio XIII, murió tambien. A la muerte del último Papa, el cardenal de Montalto, que así se llamaba el franciscano Feliz, dejó los negocios públicos, porque se hallaba enfermo, encorbado, y solo pensaba en morir cuando el colegio de los cardenales se reunió para nombrar soberano pontifice. Todas las ambiciones de la iglesia católica y romana se hallaban en movimiento; se habian despertado todas las rivalidades, y el mundo cristiano aguardaba el que debia regirlo. Inciertos en su eleccion los cardenales que debian elegir Papa, nombraron al cardenal de Montalto, á quien veían tan viejo y maltratado, preparándose así para escoger otro

Papa con todo descanso cuando el recién nombrado muriese, lo cual habria de suceder muy pronto.

Y ved aquí como Feliz Peretti, cardenal de Montalto, dejó su nombre por el de SIXTO QUINTO, logrando ser soberano pontífice. Cuando el nuevo Papa fué nombrado, Roma entera se trasladó á la iglesia de S. Pedro; las grandes puertas de la iglesia se abrieron de un golpe, y el Papa, rodeado de sus cardenales, su guardia y toda su corte, se presentó en el altar mayor á dar gracias á Dios. Entró en la iglesia apoyado en su baston y como si se hallára en vísperas de su muerte; pero una vez arrodillado en el altar, y cuando dos cardenales se disponian á ayudarle á levantarse, Sixto Quinto se alzó derecho como un jóven; arrojó la muleta, y con fuerte y sonora voz, que resonó en las bóvedas de la vasta catedral, entonó el *Te Deum*. Los cardenales estupefactos no podian dar crédito á sus ojos y á sus oídos, y el pueblo, al ver al anciano convertido en jóven, lo atribuyó á milagro y dió gracias al cielo. Los cardenales y el pueblo acababan de saber que Roma y el mundo católico tenian soberano para mucho tiempo.

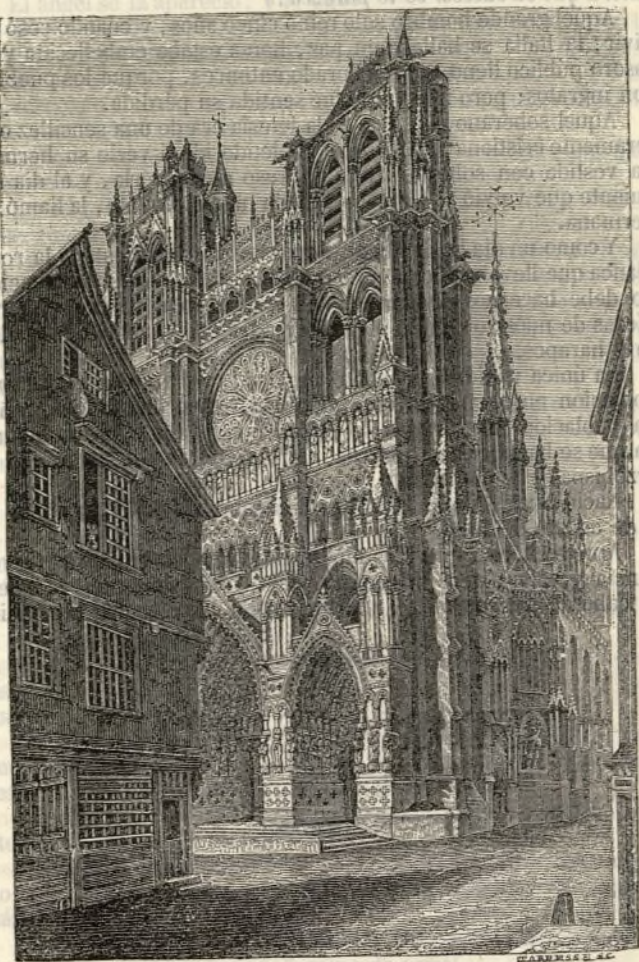
Aquella noche el cardenal de Médicis, cortesano hábil y astuto, felicitaba al pontífice por haber recobrado la salud, y Sixto Quinto le interrumpió diciéndole:

— Como buscaba las llaves del paraíso, para encontrarlas mejor bajaba la cabeza encorvándome; pero ya que las he encontrado solo miro al cielo.

Tal es la historia de tan sorprendente y merecida elevación. Sixto Quinto ha sido uno de los mas grandes pontífices de la iglesia, comenzando una importante reforma desde los primeros dias de su advenimiento. Gracias á él se reprimieron los robos en despoblado, azote que perseguia á la Italia hacia cincuenta años; la justicia que era venal se reformó; do quiera se alzaron patíbulos para castigar á los bandidos y los prevaricadores, y el imperio romano respiró con aquella ley severa pero justa. «Me llamarán feroz y sanguinario, decia Sixto Quinto; pero he leído en el Evangelio que el mejor sacrificio que á Dios se puede hacer es castigar el crimen, esterminando á los malvados y á los perturbadores del reposo público.» Y tenia razon el noble pontífice, porque menos ejecuciones hubo durante su reinado que asesinatos por espacio de solo un mes antes de empezar los castigos.

Al mismo tiempo que afirmaba la paz en sus estados, protegia con todo su poder las bellas artes, gloria en todos tiempos de la encantadora Italia. Conocia de tal modo el terreno que pisaba, que encontró el obelisco de granito que Calígula hiciera venir de Egipto, y que hacia cien años que se hallaba sepultado. Cuatro meses y diez dias bastaron para volver á colocar la columna en su pedestal, y él fué quien agregó al Vaticano el vasto edi-

ficio llamado *Belveder*, palacio digno del antiguo y celebrado Apolo. Era el Papa un hombre que en todo se ocupaba; en premiar las ciencias y las artes, en formar bibliotecas y museos, en crear hospitales, en desecar lagunas, y en revisar la Biblia. Para



Vista de la Catedral de Montalto.

elogiar debidamente á Sixto Quinto, basta recordar que Enrique IV, rey célebre y hugonote, lo tenía en grande estima, y dijo

un día hablando de él: «es un gran Papa, y quiero hacerme católico, aunque no sea mas que para ser hijo de semejante padre.» Y cuando murió, el mismo Enrique IV hizo su oracion fúnebre en pocas palabras: «*pierdo un Papa que es otro yo! Dios quiera que su sucesor se le parezca!*»

Aquel grande hombre solo reinó cinco años, y cuando cesó de vivir, la Italia se hallaba en paz, Roma estaba embellecida y el tesoro público lleno. No fué llorado entonces, porque los pueblos son ingratos; pero mas tarde fué sentida su pérdida.

Aquel soberano pontífice de la iglesia era de una sencillez enteramente cristiana: así es que habiendo ido á verle su hermana vestida con soberbio traje, rehusó reconocerla, y al día siguiente que volvió al Vaticano vestida humildemente, la llamó su herinana.

Y como un día le manifestase que tenia en mal estado la ropa blanca que llevaba puesta, el pontífice le dijo: «nuestra elevacion no debe hacernos olvidar quienes somos, porque las primeras piezas de nuestro escudo están formadas con chanclos de madera y harapos.»

La única vanidad, inocente vanidad! que tuvo fué elevar una poblacion en el sitio en que guardaba los cerdos cuando niño. La poblacion fué elevada; se edificó una iglesia sobre la laguna en que se bañaban los puercos, convirtiéndose esta iglesia en el arzobispado de Montalto.

Nació Sixto Quinto el 13 de diciembre de 1531, y murió el 7 de agosto de 1590.

Aprovechaos, queridos niños, de este ejemplo de perseverancia y valor; pero mientras podais, no os encorveis ni bajeis la cabeza, porque ni la ambicion mas noble disculpa la astucia.

HISTORIA SAGRADA.

SAMSON.

I.

SU NACIMIENTO.

ABESAN sucedió á Jepté, y en pos de él reinaron Absalon y Abdon, los cuales gobernaron el Egipto uno despues del otro.

Entonces los Hebreos tuvieron que sufrir el yugo de los Philisteos por espacio de cuarenta años.

Habia un hombre llamado Manué, cuya mujer no había tenido hijos.

El ángel se le apareció, y la dijo:

—Si no tienes hijos, pronto tendrás uno que principiará la obra de emancipación por parte de Israel contra los Philisteos.

Otras muchas veces se le apareció el ángel del Señor, y Manué ofreció á Dios un sacrificio. La llama celeste brilló en el altar, y el ángel desapareció en medio del fuego.

A poco aquella mujer dió á luz un hijo, á quien puso por nombre Samson. El niño creció, y el Señor lo bendijo.

Cuando llegó á ser hombre, vió á una jóven de los Philisteos, con quien quiso contraer matrimonio.

Un día que iba Samson en compañía de sus padres á Thamnatha, donde vivía la jóven, se le apareció de repente un león furioso, dando rugidos y con las melenas herizadas. El Señor dió fuerzas á Samson, que se arrojó al león y lo hizo pedazos como hubiera podido hacer con un cabrito, aunque no llevaba armas.

Pocos días después, yendo al mismo lugar, encontró un enjambre de abejas y un panal de miel en las fauces del león muerto y tendido en tierra.

Recogió la miel, y la distribuyó entre su padre y su madre.

A poco se casó con la jóven philistea á quien amaba.

Pero pronto se arrepintió Samson de lo que habia hecho, porque su mujer lo abandonó.

Entonces exclamó:

—Los Philisteos no podrán quejarse de mí, si les devuelvo el mal que me han causado.

Después reunió trescientas zorras que ató unas con otras por las colas, les puso mechas encendidas, y las asustó para que corriesen por todas partes.

Espantadas las zorras con la luz que llevaban detrás, huyeron al campo de los Philisteos, y el fuego consumió las mieses que estaban en gavillas, los olivos y las vides.

Cuando los Philisteos preguntaron ¿quién ha cometido este atentado? les respondieron:

—Samson, yerno de un habitante de Thamnatha, ha causado este desastre, porque su suegro le ha arrebatado su mujer, dándola á otro.

Furiosos los Philisteos, quemaron á la mujer de Samson y á su padre, y quisieron apoderarse de aquel.

Samson los derrotó, haciendo en ellos tal carnicería que los puso en consternación. Después se retiró á la caverna de la roca de Etam.

Los Philisteos invadieron las tierras de la tribu de Judá con el designio de prender á Samson y atarle. Entonces los de Judá fueron á la caverna, y dijeron á Samson:

—Si sabes que estamos sometidos á los Philisteos, ¿por qué los has tratado de ese modo?

—Los he devuelto el daño que me han causado.

—Hemos venido á atarte, y entregarte en manos de los Philisteos.

—Juradme que no me mataréis.

Los de Judá se lo prometieron; lo ataron con dos gruesas cuerdas nuevas, y lo sacaron de la roca de Etam.

Cuando los Philisteos los encontraron en el sitio que despues se llamó Lechí, es decir, la quijada, dieron gritos de alegría.

El espíritu del Señor animó á Samson, rompió las cuerdas que le sujetaban, y cojiendo una quijada de borrico que habia allí, se arrojó á los Philisteos, y dió muerte á mil de ellos. Entonces sintió una sed abrasadora.

—Señor! exclamó; vos sois quien habeis librado á vuestro siervo, haciéndole obtener tan señalada victoria.... Pero ahora se muere de sed, y caerá sin fuerzas en manos de sus enemigos.

El Señor abrió uno de los grandes dientes de la quijada del burro, y saltó agua de él. Samson apagó la sed, y recobró sus fuerzas.

II.

SU MUERTE.

Algun tiempo despues de esta victoria Samson marchó á Gaza.

Habiendo sabido los Philisteos que se hallaba en aquella poblacion, la cercaron y pusieron guardias en todas las puertas durante la noche, á fin de matarle cuando saliese por la mañana.

Samson durmió hasta las doce de la noche. Levantóse á esta hora, cogió las dos puertas de la villa con sus candados y cerraduras, se las echó á la espalda, y las condujo á la cumbre del monte que está en frente de Hedron.

Amaba Samson á una mujer llamada Dalila, y habiéndolo sabido los príncipes de los Philisteos, la buscaron y la dijeron:

«Engaña á Samson, averigua de donde le proviene una fuerza tan extraordinaria, y cómo podríamos vencerle.»

»Si lo haces así, cada uno de nosotros te dará mil y cien monedas de plata.»

Dalila dijo á Samson:

«¿De dónde te viene esa fuerza que espanta á tus enemi-

gos? ¿Con qué sería preciso atarte para impedir que te escaparas?

—Si me atáran con cuerdas gruesas que estuviesen húmedas en vez de secas, sería tan débil como los demás hombres,» respondió Samson.

Dalila lo manifestó así á los príncipes, y le llevaron siete cuerdas húmedas con las cuales le ató.

Ocultó en la habitación á los que debían apoderarse de él, y después gritó:

«Samson, los Philisteos caen sobre ti.»

Samson se levantó de repente, y rompió las cuerdas como se rompe un hilo de estopa que se acerca al fuego.

Dalila se quejó de que la había engañado, y entonces le dijo Samson que perdería su fuerza si le ataban con cuerdas nuevas de que nadie se hubiera servido; pero también las rompió sin esfuerzos.

Samson le dijo en seguida: «si hicieras siete trenzas de mis cabellos con el hilo que sirve para formar la tela, y lo atases á un clavo fijo en tierra, perdería mi fuerza.»—Pero esta prueba fué tan vana como las anteriores.

Tanto le rogó Dalila, que al fin se resolvió á descubrirle la verdad.

«Soy Nazareno, le dijo, es decir, consagrado á Dios desde mi infancia, y jamás me han cortado el cabello: si me rapáran la cabeza, me convertiría en débil, ni mas ni menos que otros hombres.»

Viendo Dalila que aquella vez no la engañaba, avisó á los príncipes de los Philisteos, los cuales la llevaron el dinero que la habían prometido.

Invitó á Samson á que se durmiese en su regazo, y durante su sueño le cortó los cabellos. Cuando le gritó:

«Samson, los Philisteos caen sobre ti.»

respondió:

«Me libraré de ellos como otras veces.»

Porque no sabía que el espíritu de Dios le había abandonado; pero fué en vano, fué vencido.

Los Philisteos le prendieron, le arrancaron los ojos, y conduciéndolo á Gaza cargado de cadenas, lo metieron en un calabozo, y le hicieron dar vueltas á la rueda de un molino como una bestia de carga, insultándole por espacio de muchos meses.

Pronto comenzaron á brotar sus cabellos. Por entonces, los príncipes de los Philisteos se reunieron en solemne asamblea para ofrecer un sacrificio á Dagon, su dios, con el fin de darle gracias porque los había librado de Samson.

Hicieron festejos suntuosos; se divertieron mucho, y después

de comer ordenaron que condujesen allí el prisionero para es-
carnecerlo.

Samson fué llevado á su presencia, y dijo á los que le custodiaban:

«Dejadme tocar las columnas que sostienen toda la casa, á fin de que pueda apoyarme y descansar un poco.»

El edificio estaba lleno de hombres y mujeres, hasta el número de tres mil, y todos los príncipes philisteos se hallaban reunidos allí.

Samson invocó al Señor,

«Dios mío! le dijo, acordaos de mí; volvedme mi anterior fuerza, á fin de poder vengarme de mis enemigos, que me han sacado los ojos.»

Cogió con los brazos las dos columnas sobre que descansaba el edificio, y las sacudió con fuerza. Al punto vino á tierra la casa, y todos los que se hallaban dentro, incluso Samson, murieron aplastados.

Los hermanos y los parientes de Samson recogieron su cadáver, y lo enterraron en el sepulcro de su padre Manué.

Samson reinó en Israel por espacio de veinte años, pero no se libró del yugo de los Philisteos.

Después de la muerte de Samson, el pueblo de Israel, sin jefe que le mandase, cayó en todos los desórdenes que engendran las malas pasiones. El culto de los dioses falsos reemplazó al del Señor, y el vicio, la corrupcion, y el crimen se apoderaron de todos los corazones.

JUSTICIA DEL DUQUE CARLOS DE CALABRIA.

ANÉCDOTA.

CARLOS, duque de Calabria en Italia, administraba justicia diariamente, asistido de sus ministros y sus consejeros, á los cuales reunía en su palacio; y temiendo que los guardias no hiciesen entrar á los pobres, habia colocado en el mismo tribunal una campanilla, cuyo cordon iba á parar al primer patio. Un caballo viejo, abandonado por su dueño, fué á restregarse contra la pared, é hizo sonar la campanilla. «Abrid, dijo el príncipe, y que entre cualquiera que sea.—Es el caballo del general Capezio, contestó el guardia entrando, y toda la asamblea soltó la carcajada.

—Os reís? preguntó el príncipe.... Sabed que la exacta justicia se extiende hasta los animales; con que llamad á Capecio.»

Cuando este hubo llegado, le dijo: «Ola! ¿por qué dejar vagar á ese caballo?—Ah! señor, respondió el gentil hombre, fué un soberbio potro en su tiempo, y ha estado conmigo en veinte campañas; pero ya es inútil, y no estoy en ánimo de darle de comer sin ningún provecho.—Te recompensó bien el rey mi padre?—Me colmó de beneficios, señor!—Y no te dignas alimentar á ese generoso animal que tuvo tanta parte en tus servicios! Colócale en el pesebre de tu mejor cuadra, y que sea tratado como los demás animales domésticos, pues de lo contrario no te tendré por leal caballero, y te retiraré mi soberana protección.» Desde entonces el general lo encargó á uno de sus ordenanzas, que le cuidaba con el mayor esmero, llevándolo á pasear, dándole de beber, y cuidándole como al caballo de batalla de su general.



LA AMBICION CASTIGADA.

El hermano del Lord Marcartney, devorado por una sorda ambicion, afectaba desdeñar las grandes dignidades. El rey de Inglaterra Carlos II quiso juzgar por sí mismo de esta rara abnegacion. Hallábase entonces vacante el empleo de embajador del gabinete de S. James, que es como se llama al gobierno inglés en Madrid. Preguntó el rey al lord si sabia el español.—No señor.—Lo siento.—Qué importa! si es del agrado de V. M. lo sabré muy pronto.—Está bien! aprendedlo pronto. La esperanza de obtener la embajada vacante ocupó toda el alma del noble inglés, que corre presuroso á su casa; se encierra en ella tres meses enteros, y sale al fin poseyendo su lengua, y viéndose ya embajador en Madrid. Hácese anunciar al rey, y comienza por pronunciar una arenga en correcto español.—Muy bien, magnífico! dijo el rey interrumpiéndole, puesto que tanto habeis aprovechado, no tengo por ahora mas que aconsejaros que leais el *Don Quijote* en su idioma original, porque me han dicho que todas las traducciones que se han hecho de él no valen nada!

EL MENDIGO.

¿Ves ese pobre, hijo mio,
Que apenas moverse puede,
Y al intenso dolor cede
Aterido por el frio?...

¿Ves con cuánta lentitud
Su pié doliente camina,
Y cómo la frente inelina
Al peso de su inquietud?...

Pues es, como tú, un mortal
Que sintió un día el placer,
Y tierna madre al nacer
Le envolvió en rico cendal.

Como tú, en juegos y risas
Pasó sus horas primeras,
Cual se deslizan ligeras
Por entre flores las brisas.

Después gimió el infeliz
Al horror de la indigencia,
Y acibaró su existencia
Tal vez ágeno deslíz.

Hoy lleva cual marca infame
Su nombre en la frente escrito,
Y sin que el mundo maldito
Mas que el *mendigo* le llame.

Y va pidiendo por Dios
Para no morir mañana,
Una limosna liviana
Corriendo del rico en pos.

Sin encontrar compasión
En su pecho endurecido,
Que mira al pobre abatido
Con inhumana aversión.

Una lágrima no halla
Que endulce su aciaga suerte,
Y al ver las que el pobre vierte
El avaro pasa.... y calla.

A enjugárselas acude
Presuroso, hijo querido,
Que Dios verá complacido
La mano que al pobre ayude.

No mires su intenso afán
Con repugnante desvío....
Compadécele, hijo mío,
Y parte con él tu pan!!

A UNA NIÑA.

Soneto.

BELLA cual primer rayo de la aurora
 Brillando de placer tu casta frente,
 Pura como el perfume que al ambiente
 Presta la hermosa flor que mayo adora;
 Débil como la tímida gacela,
 Vives tranquila en protector regazo,
 Y recibiendo el cariñoso abrazo
 De quien perene en tu custodia vela.
 Mas ¡ay! que á los pesares de la vida
 Tu cuello doblarás, cual tierna palma
 Por vendaval furioso combatida.
 Entonces, niña amada, acude al cielo,
 Que en su penar adolorida el alma
 Allí encuentra esperanza, allí consuelo.

V. DE C.

HISTORIA NATURAL.

EL LOBO.

ANÉCDOTA DE DOS NIÑOS.

EL lobo es uno de los animales, cuyo apetito por la carne es el mas vehemente, y aunque con este gusto ha recibido de la naturaleza los medios de satisfacerlo, y le ha dado armas, astucia, agilidad, fuerza, todo lo que es necesario, en una palabra, para hallar, acometer, vencer, coger y devorar su presa, sin embargo muchas veces perece de hambre, porque habiéndole declarado la guerra el hombre, y aun habiéndole proscrito,

poniendo su cabeza á precio, lo obliga á huir y á permanecer en los bosques. Por naturaleza es grosero y cobarde; pero se hace ingenioso por necesidad y atrevido por la urgencia. Forzado por el hambre, desafia el peligro, embiste á los animales que se hallan bajo la custodia del hombre, y sobre todo á los que puede transportar fácilmente, como carneros, etc., y cuando este merodeo le sale bien, vuelve con frecuencia á la carga, hasta que herido ó acosado, y maltratado por los hombres y los perros, se encierra en su albergue durante el día; solo sale de noche; recorre la campiña; ronda al rededor de las habitaciones; arrebatá los animales abandonados; acomete las majadas de pastores; araña y caba la tierra debajo de las puertas, entra furioso, y lo destroza todo antes de elegir y llevar su presa.

Aunque la forma del lobo y del perro es parecida, sus inclinaciones son opuestas, y su natural es tan diferente, que no solo son incompatibles, sino antipáticos por naturaleza, y enemigos por instinto. Un perro joven tiembla al primer aspecto del lobo, huye con solo el olor, que aunque nuevo y desconocido le repugna en tal manera, que se acoge temblando á su amo, debajo de cuyas piernas se mete. Un mastin, que conoce sus fuerzas, se eriza; se indigna; le embiste con cólera; procura hacerle huir, y hace los mayores esfuerzos para librarse de una presencia que les es odiosa. Jamás se encuentran sin huir el uno del otro ó sin combatir, y combatir á muerte. Si el lobo es mas fuerte, despedaza y devora su presa: el perro al contrario, mas generoso, se contenta con la victoria, y no encuentra que *el cuerpo de un enemigo muerto sabe bien*. Ved un lance que aconteció hace pocos años en un pueblo de la Alcarria.

Unidos dos chicos con los lazos de la mas tierna amistad, tenían los mismos gustos y las mismas diversiones, pasando los dias mas felices ocupados en sus quehaceres. Una mañana que habian ido juntos al campo á cojer nueces, uno de ellos descubrió un nido de pájaros, y en un instante se abrazó al árbol, encaramándose á la rama, y satisfaciendo su deseo, pues se apoderó de cuatro pajarillos, á los cuales hacia tímidos la inesperienza. Cuando procuraba bajar sin dañarlos, un lobo hambriento se encaminó hácia el otro chico que arrojó un grito: el que estaba subido en el árbol vé el peligro, y aunque persuadido de que en lo alto estaba seguro, se deja deslizar para socorrer á su amigo. Coje en seguida un guijarro; furioso el lobo se arroja sobre su presa; pero el chico lo detiene, hunde su brazo en la boca del animal, y le aprieta fuertemente la lengua, mientras el otro muchacho hiere con una navaja al lobo, que espira á poco.

Después de abrazar á su libertador, ambos arrastran su presa hasta el pueblo, y acuden todos los vecinos para enterarse de su aventura. La relacion detallada que hicieron arrancó á los

circunstantes lágrimas de sentimiento, y el animoso chico esquivó los aplausos de la multitud, volviendo al campo á buscar sus pájaros, que encontró, poniéndose á jugar con el mayor placer al rededor de una jaula en que los encerró.



El Lobo.